

La labor de Crisanta

JAVIER FABUEL FERNÁNDEZ

© Javier Fabuel Fernández, 2018

Corrección y edición: Aliterata Corrección de Textos

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos nuestros autores por confiar en
nosotros para publicar sus obras.



I

Tendría dieciocho años cuando le dio por dar uso a las tizas. A pocos metros de su casa, casi desembocando en la plaza del pueblo, se mantenía en pie a duras penas un caserón antiguo que el ayuntamiento se ocupaba de encalar todos los años para no ofrecer una mala imagen a los escasos turistas que aparecían por allí buscando cualquier otro sitio. Crisanta comenzó a pintar.

Al principio, los dibujos de Crisanta apenas tenían el tamaño de la palma de una mano, dibujos diminutos que hacía con la frente clavada en la pared y murmurando cosas ininteligibles. Como consideraban que era tonta, la dejaban hacer, y uno de los barrenderos municipales se ocupaba todas las mañanas de darle un manguerazo al dibujo para borrarlo. Al poco, el alcal-

de, por no se qué de que quería comprarse un coche nuevo y ampliar su chalet, tuvo que echar a la calle al barrendero que sabía manejar la manguera, y los pequeños garabatos fueron cadenciosamente ganando terreno a la cal.

Crisanta consagraba sus días a pintar sobre la pared encalada de las ruinas del viejo caserón. Todas las mañanas, a una hora que daban ganas de matarla, sobre todo si te pillaba con resaca en fin de semana, bajaba la calle haciendo tintinear su lata de cacao en polvo repleta de tizas de colores en dirección a su muro, donde se le detenía el tiempo hasta que la madre se la llevaba para alimentarla. Por la tarde repetía el ritual hasta que la luz de las farolas amarilleaba los colores de sus dibujos y paraba porque ya no le gustaban.

El mural estaba alcanzando unas proporciones considerables, y tuvo que valerse de una escalera para continuar rellenando los huecos que quedaban por cubrir de tiza. Con frecuencia, la lluvia malograba su pintura. Crisanta reconstruía entonces lo deshecho en una tarea interminable. No le importaba. Incluso aprovechaba las partes que se habían difuminado para formar un nuevo dibujo a partir de ellas, como si fueran un recurso estilístico más que aportaba valor al conjunto. En ocasiones, la pintura desaparecía por completo, principalmente en los meses más lluviosos,

y entonces se ponía loca de contento al ver tanto blanco sobre el que pintar. La suya era una labor que no tenía fin.

Nunca supimos qué demonios estaba pintando. Se trataba de un montón de trazos incomprensibles, como dados al azar, que resultaban un emplasto de contornos informes. A veces, sus dibujos presentaban líneas geométricas. Otras veces, se trataba solamente de masas de colores superpuestas unas sobre otras, tonos que podían reflejar el tiempo con que había amanecido ese día o también el estado de su propio humor. En cualquier caso, su mural se fue refinando y sofisticando con el paso de los meses, y algunos vecinos comenzaban a variar sus itinerarios hacia la plaza para pasar ante el lienzo de Crisanta, unos con verdadero interés y otros por auténtico aburrimiento. También empezaron a acercarse por allí paisanos de los municipios colindantes, más que nada para comprobar con sus propios ojos que los rumores sobre la tonta del pueblo de al lado eran ciertos.